NOTA DEL EDITOR

Presentamos en este volumen el texto íntegro del libro de mosén Jesús Arnal Por qué fui secretario de Durruti, publicado por primera vez hace cuarenta años por dos editoriales —la andorrana Edicions Mirador del Pirineu y la catalana F. Camps i Calmet editor— que actuaron con valentía para llevar a cabo su trabajo, a pesar de los obstáculos de la dictadura franquista. Ha llovido mucho desde 1972 y la obra de mosén Arnal, a veces mal comprendida y a veces reeditada con pasajes censurados, continúa siendo un libro básico sobre nuestra guerra civil (1936-1939). Incluso ha inspirado al cineasta Vicente Aranda. ¿Quién no ve a la figura de mosén Arnal detrás del personaje interpretado por Miguel Bosé en su película Libertarias?

Las Memorias de Jesús Arnal ofrecen datos directos y de primera mano sobre la breve revolución anarquista en tierras de Aragón y tambié presenta testimonios directos sobre la controvertida figura de Buenaventura Durruti, así como las circunstancias de su muerte en Madrid, antes que acabara la guerra civil. Sin embargo, más allá de este valor histórico que lo hace único y original, el testimonio de mosén Arnal recoge una manera especial y distinta de vivir una guerra. Por eso estamos convencidos que el libro continúa teniendo una vigencia plena.

Escribe José Mestre en el prólogo de aquella primera edición (1972) del libro: «Don Jesús Arnal, el cura de Candasnos, nos pone de manifiesto, con su obra, la grandeza de su espíritu, la pureza de su alma, en medio del loco torbellino de la persecución y en el diario quehacer de sus actividades en la Columna Durruti, primero, y en la 26 División, después. Mientras les perseguían no abrigó nunca un pensamiento de venganza, antes al contrario. Tenía que salvar

los escollos, empleando ditirambos ajenos a su formación de pastor de almas.»

En la 26 División, desplegada en las tierras duras de los Monegros aragoneses, todo el mundo sentía un profundo cariño hacia Jesús. «Hombre sin miras partidistas, guiaba y ayudaba a todos cuantos tenían necesidad de sus servicios. Estaba además en su haber el fiel cumplimiento de los preceptos de sagrado ministerio entre los hombres, como podrá comprobar el lector de estas Memorias. Podemos decir que hizo siempre el bien, todo el bien que pudo, sin mirar a quien.»

Explica el propio Jesús Arnal: «Antes de entrar en materia quiero aclarar que yo no fui exactamente secretario de Durruti, como se dice en el título; no pasé de escribiente en su puesto de mando, aunque alcanzara en poco tiempo una posición de cierto relieve gracias a mi formación, superior con mucho a la de la gente que me rodeaba. Tampoco fui su consejero o confidente, entre otras razones porque Durruti no era hombre que se dejara manipular ni tolerase soplones. Mis relaciones con él, sin ser nunca íntimas, se cimentaron en el mutuo respeto a nuestras ideas, tan opuestas como legítimas. Me trató a distancia pero con deferencia y yo le correspondía con lealtad, pues nunca olvidé su generoso comportamiento conmigo en situaciones por demás delicadas.»

Lluís Pagès i Marigot

Lleida, octubre de 2013

INTRODUCCIÓN

A los posibles y apreciados lectores: Si me preguntáseis el porqué me he decidido a escribir estas Memorias, no sabría daros una contestación satisfactoria. Esa misma pregunta me estoy haciendo yo y no encuentro razón alguna que justifique el emborronar unas cuartillas para recordar hechos ya muy lejanos y que solamente a mí pueden interesar, y aún como un recuerdo.

De momento, me servirá de pasatiempo y también complaceré a muchos de mis amigos, interesados en conocer las tragedias y anécdotas que me ocurrieron durante el período de nuestra guerra del año 1936 a 1939.

Para serte sincero, existe una razón, de poco peso para ti, querido lector, pero de bastante importancia para mí, y es dejar constancia y testimonio del cómo y el porqué me incorporé a la Columna Durruti, pues son muchos los que han hablado de esto, sin que nadie haya estado en lo cierto; y mi estancia en la Columna ha pesado sobre mí como una losa y ha constituido una coraza que me aislaba de la sociedad, la cual no se decidía a recibirme. Aún hoy, a treinta años de distancia, siempre que por primera vez me presentan nuevas amistades, me lanzan la consabida muletilla: «Fue secretario de Durruti.»

Si con esta impresión te decides a ojear en estas páginas, te aconsejo desistas de ello, porque Durruti jamás tuvo secretario alguno y yo no fui sino un escribiente más en el cuartel de la columna que llevaba su nombre y que más adelante, al militarizarse en el año 1937, tomó el nombre de «26 división».

También me gustaría que estas memorias, y prometo que serán sinceras y verdaderas, sirviesen para centrar, calibrar y dejar en su justo puesto, el concepto histórico de Durruti durante la campaña al

frente de su columna. Lo considero un deber de gratitud hacia aquel hombre que en días muy difíciles me protegió, deber impuesto no solamente por la gratitud, sino, incluso, por deber de justícia, pues he visto muchos escritos sobre él, y todos nos lo quieren presentar como a un ser sanguinario, mitológico y legendario.

Para mí, no tuvo nada de legendario ni de mitológico, ni tampoco de sanguinario; fue, sencillamente, un hombre más, entregado a un ideal, que yo no voy a discutir, ni mucho menos pretender su justificación, y conste que en estas Memorias solamente opinaré sobre Durruti en su actuación al frente de sus milicianos, dejando que la Historia diga lo concerniente a su actuación anterior, como anarquista de acción. Y en aquel aspecto, durante mi permanencia a su lado, no vi en él más que a un hombre normal, sin vicios ni grandes pasiones humanas: no era bebedor ni mujeriego; jamás le vi rencoroso ni vengativo, ni tampoco sanguinario, como muchos han pretendido. Más bien me pareció un buen compañero para todos los que le rodeaban.

Y dicho esto, antes de continuar, a fin de conocernos, por si algún despistado lector se decidiese a ojear en estas páginas, le diré que nací en Candasnos, un pueblo enclavado en el secarral de Monegros, provincia de Huesca y Obispado de Lleida, cuando el calendario marcaba el día 28 de enero de 1904. Que en 1915 principié mis estudios en el Seminario Diocesano de Lleida, terminando en 1927 y celebrando mi primera misa en Zaragoza el día 21 de junio del mismo año.

Y con tu permiso, apreciado lector, nos adentraremos en materia; si te aburre, lo tiras al rincón del olvido y yo te aplaudiré, reconociendo tu sentido común de no perder tiempo en una cosa inútil y de ningún valor literario, pues yo jamás he publicado ni un mal folleto. Si, en cambio, te distrae siguiendo mis vicisitudes y tragedias pasadas en ese período, me alegraré mucho más de haberte servido para algo.

De todas formas, con todo afecto te saluda.

El Autor

Ballobar, 1971

CAPÍTULO I

A finales del año 1935 fui destinado de Cura Ecónomo a la parroquia de Aguinaliu, provincia de Huesca y Obispado de Lleida. Exactamente el día 13 de diciembre me trasladaba a dicho pueblo para hacerme cargo de la parroquia, realizando el viaje en una moto, pues en este aspecto de la motorización del clero en España, podía figurar en las avanzadillas y seguramente fui el primer cura motorizado, ya que desde el año 1930 cabalgaba sobre una moto marca B.S.A., de un caballo tres cuartos de potencia. Moto simpática por su acompasado sonido, con motor de cuatro tiempos, lento si lo comparamos con la rapidez de hoy, pero seguro para llegar a todas partes. Detallo esto, porque mi carnet de conducir tuvo una importancia decisiva en momentos cruciales de mi vida y fue causa de determinaciones que trazaron el cauce de los acontecimientos futuros.

Instaurada la segunda República en España por obra y milagro de unas elecciones administrativas, la vida para los sacerdotes se hacía casi imposible. Dentro de nuestras respectivas parroquias y quizá por algo de respeto personal, aún se iba conllevando con bastantes dificultades, pero conocía a muchos compañeros que en sus parroquias no se les permitía tocar las campanas para anunciar las misas los días festivos.

Mucho menos podíamos viajar utilizando los medios normales y servicios públicos, pues era muy general el saludar la presencia de un sacerdote con el graznido del cuervo. Podríamos decir, y así lo hice más de una vez, «que el cuervo acudía al olor de su carne podrida». Este desprecio hacia el sacerdote ya se venía notando bastante antes de la caída de la Monarquía, y ésto fue la causa de que yo me decidiese a comprar una moto para mis desplazamientos.

Salía de la parroquia vestido con un guardapolvo negro, y apenas recorridos unos kilómetros, me despojaba de él, quedando vestido con un mono azul, ocultando así mi condición de sacerdote. Seguramente era esto una pequeña falta a la disciplina, ya que todavía no estaba autorizado ese vestido de nombre tan raro y que, como compensación de mi adelanto de entonces, no lo he aceptado ahora.

Pero todavía no me solucionaba por completo el problema, ya que si tenía necesidad de mostrar el carnet, en él constaba mi condición sacerdotal, lo cual no estaba de acuerdo con mi indumentaria. Por ello, acudí a la Delegación de Industria de Huesca, donde yo tenía muy buenos amigos (todavía hoy, treinta años después, está alguno de ellos ocupando el mismo cargo), y les manifesté mi deseo de sacar un carnet con fotografía de paisano y en el que no constase mi condición de sacerdote, petición que fue considerada muy oportuna para los tiempos aquellos, y que fue inmediatamente atendida y solucionada. Ya tengo, pues, mi carnet de paisano, llave maestra que abrirá importantes puertas y encauzará los acontecimientos futuros.

Para llegar a Aguinaliu desde Graus, se toma la carretera de Benabarre y a unos tres kilómetros se deja la carretera, continuando por un camino vecinal que se desvía hacia la derecha, internándose en los pinares del monte de Barasona, pueblo desaparecido bajo las aguas del pantano de su mismo nombre, en el río Esera. Discurre el camino unos dos kilómetros bordeando el pantano por su parte izquierda, internándose después en un gran barranco, hasta llegar al pueblo, distante de Graus unos ocho kilómetros.

Por la expectación que causó mi llegada, calculé las pocas motos que debían circular por aquel solitario y estrecho camino; y fue más sensacional el acontecimiento por ser un sacerdote el que la pilotaba. Sin duda alguna, el primer jinete que vieron en tal montura.

Llegado a las primeras casas, apeado de mi moto y hechas las presentaciones oportunas, la contemplación del paisaje produjo en mí dos impresiones diametralmente opuestas. Por una parte, era encantador el paisaje con el intenso verdor de aquellas altivas y bravas montañas, pero resultaba deprimente el contemplar unas cuantas casuchas escalonadas desde la planicie terminal del camino hasta la cima de la montaña, donde se contemplaba la Iglesia Parroquial.

Aquel pequeño número de casas situadas sin orden ni concierto en la falda de la montaña era mi nueva Parroquia.

Iniciamos la subida hacia la iglesia por un sendero o camino de herradura de una anchura aproximada de 1,20 m y con un desnivel tan pronunciado que muchas veces obliga, sobre todo a los que no tenemos costumbre de caminar por senderos de montaña, a apoyarnos en los arbustos que lo bordean. Si yo hubiese sido el Jurado determinador para poner nombre de pueblo a aquel puñado de casas, en lugar de Aguinaliu, le hubiese puesto «Aguilaniu» lo que en mi mente traducía, nido de águilas, pues más parecía eso que un pueblo destinado a albergar seres humanos.

Mas no crean por ello que dentro de él la vida fuese desesperada, antes resultaba plácida y entretenida, con un gran sabor de bienestar y de tranquilidad. Me instalaron, en plan de hospedaje, en una casa próxima a la iglesia llamada «Casa Abizanda», cuya familia estaba constituida por un matrimonio de avanzada edad, el señor Antonio y la señora María; y si bien tenían un hijo, éste ya estaba casado y no residía en el pueblo. Dicha casa servía de posada, si por casualidad llegaba algún forastero y al mismo tiempo era el café donde nos reuníamos los días festivos y también los días crudos del invierno. El servicio de luz era malísimo; un pequeño salto en el barranco y con el agua acumulada durante el día, nos daba luz durante tres o cuatro horas diarias. El resto del tiempo teníamos que servirnos de carbureros.

Esta falta de comodidades quedaba suficientemente compensada por la amabilidad y afecto de todos los moradores y, más que un pueblo, parecíamos una sola familia.

Con rapidez increíble me fui acostumbrando a mi nueva vida y pronto quedó distribuido mi tiempo para que los días no me resultasen aburridos. La Parroquia daba escaso trabajo, por no decir ninguno, salvo los días festivos, y éstos discurrían de forma semejante y casi sin variación alguna. Por la mañana, a una hora conveniente, la misa, a la que acudía la totalidad del vecindario, sin que en esto hubiese influido la proclamación de la República. Terminada la misa y hasta la hora de comer, nos reuníamos en el frontón los viejos para mirar, los jóvenes para jugar unos partidos de pelota a mano,

siendo la mayoría de los afanes ganar al cura, cosa bastante difícil, ya que me defendía muy bien. Por la tarde, el rosario y alguna que otra novena, para después acudir todos a casa del señor Abizanda, donde daban principio las partidas de naipes en diversos juegos, según las aficiones de cada uno; todas ellas baratitas pero largas, ya que se prolongaban, para muchos, hasta la hora de cenar, y para unos pocos hasta que ya no podían prolongarlas más, por necesidad de atender a los animales de labranza.

Después de cenar y tomado nuestro café, éste de puchero, y alguna que otra copita, se continuaban las partidas de naipes, aunque no tantas como por la tarde, ya que muchos no salían de sus casas; la noche era propicia para reunirnos los más ocupados, e incluso empalmábamos alguna que otra partida de julepe en días de labor, sobre todo cuando el tiempo estaba desapacible. El problema, para no aburrirme, lo tenía solucionado tomando parte en esas partidas, pues, por temperamento y por costumbre, gustaba de alternar con todos, ricos y pobres, lo mismo en la calle que en el café. En mi despacho de asuntos parroquiales, jamás tuve en cuenta la condición de la persona; a todos traté siempre con la misma atención y aprecio, lo mismo en esta parroquia, como en mis anteriores destinos.

Para matar el aburrimiento en los días buenos, cuando la asistencia al café era nula, tenía mi escopeta y, sin llegar a la categoría de tirador de primera, me defendía bastante bien y podía pasar como un tirador más que regular. Abundaba mucho la perdiz y el conejo, siendo rarísimo el matar una liebre, que para comer resultaba muy basta y eran mucho mayores que en la tierra baja, llegando alguna a dar un peso de cinco kilos. Para colmo de felicidad, en aquellas latitudes habíamos olvidado que existiese una Ley reguladora del tiempo hábil para cazar, pero como se trata de una Ley penal, recuerdo que cuando estudiábamos Derecho nos decían: «La Ley penal no obliga en conciencia y, por tanto, el faltar a ella no constituye delito», y así la conciencia permanecía tranquila.

Apenas habían transcurrido unos cuatro meses y a pesar de que en tiempos de la República nuestra dotación mensual era casi nula, siguiendo mi costumbre de figurar en las avanzadillas en materia de mecanización del Clero, no sé como solucionaría el asunto económico,

pero el hecho fue la sustitución de la simpática B.S.A. por un coche «Peugeot» de cuatro plazas, que a mí me parecía un «cochazo», aunque ahora lo juzgaríamos una caja de cerillas.

Otro triunfo de mi capacidad administrativa fue la compra de un aparato de radio. Y como en el pueblo no teníamos luz eléctrica más que unas horas, el aparato adquirido era de los primitivos, funcionando con una batería de seis voltios y otra corriente cuyo voltaje exacto no recuerdo y que lo obtenía por el acoplamiento de varias pilas secas.

Como era un poquitín ingenioso, modestia aparte, el asunto de cargar la batería lo tenía solucionado sin salir de casa y sin necesidad de llevar la batería a ningún garaje. La corriente producida por la dínamo del pueblo era continua y con una resistencia a base de tres bombillas de carbón puestas en serie, lograba la reducción precisa de voltaje para obtener una carga perfecta de la batería, aprovechando las pocas horas que teníamos de luz. El altavoz estaba separado del aparato y tenía la forma de una trompa, exacta a la de los antiguos gramófonos. Con tan primitivo aparato obtenía una audición bastante perfecta, la que me proporcionó servicios de capital importancia para orientarme sobre los sucesos que se aproximaban. No era el primer aparato de mi posesión, pues ya me había entrenado con el más primitivo de galena y también tuve otro de una sola lámpara, al que podía acoplarse varios auriculares.

La vida en el pueblo nos resultaba grata y apacible, mientras fuera soplaba muy recia la borrasca, preludio de la trágica tormenta... Por las noticias captadas en nuestros frecuentes viajes a Graus, capital, podríamos decir, de toda aquella comarca y centro de todo su comercio, por las informaciones de la prensa llegada a nuestras manos con un día de retraso, la cual era traída por un peatón correo desde Torres del Obispo, y, sobre todo, por los diarios hablados recibidos a través de la trompa de mi aparato de radio, todo indicaba la proximidad de la tormenta. Se respiraba en el ambiente. Aquel estado de cosas no podía continuar; y todo el mundo estaba seguro de que la hoguera era inevitable, aunque nadie sabía dónde, cuándo, ni cómo se iniciaría la chispa incendiaria. Esta certeza era lo que ensombrecía nuestros semblantes y nos amargaba nuestra apacible vida pueblerina.

Como confirmación a nuestros temores, y aún recuerdo el espanto producido en todos los que estábamos a la escucha, el día 13 de julio la radio nos daba la fatal noticia de la muerte de Calvo Sotelo. Ya no era posible que se aguantase más; el crimen estaba autorizado, preparado y consumado, y ya nadie podía sentirse tranquilo ni seguro.